

de César : sobre todo son famosos sus collares de perlas, y uno de estos trajo á Sabina su marido, de vuelta de Alejandría, donde le compró en un millon de sestercios. Cualquiera que sea la verdadera procedencia de este collar, es digno por su hermosura de haber pertenecido á Cleopatra.

Luego que Cipáside ha puesto á Sabina el collar elegantemente, Espátalo saca del cofrecito los pendientes de tres magníficas perlas cada uno; de aquellas perlas que Séneca condenaba, medio siglo después, diciendo : « Estas no son perlas, sino patrimonios enteros. » Espátalo presenta los brazaletes y los anillos : aquellos en número de cuatro, de oro cincelados é incrustados de brillantes; estos en número de diez y seis, para ponerse dos en cada dedo, excepto en el del medio. Los anillos son camafeos grabados por artistas famosos, y pertenecen á la categoría de los de verano; pues las Romanas tienen joyas distintas para las diversas estaciones, siendo mayores las del invierno, mas graciosas y ligeras las del estío.

Tarde acabaría si pretendiese enumerar todo lo que encierra el cofrecito de Sabina : hablaré solo de un anillo y de un amuleto. El primero representa un amorcillo montado en un león, sardónica que se considera obra maestra del grabador Plutarco. La matrona se ve simbolizada en el amorcillo, Saturnino en el domador de los animales, y el jóven, que ha entregado su corazón á la noble prima, aplaude aquella linda alegoría, y hasta recita como suyo el siguiente epigrama robado á Argentario : « Veo sobre esta piedra á Amor triunfante, que con atrevido brazo doma el furor de un león : con la mano izquierda le azota la erizada guedeja, y con la derecha gobierna la brida. Miro tembloroso á este enemigo de la paz del mundo, radiante de divino esplendor. Ha sometido al rey de los animales á su voluntad : el corazón de un hombre ¿podrá resistirle? »

El amuleto consagrado por un sacerdote de Serápis, bajo el influjo de la constelación que vió nacer á Sabina, tiene la virtud de preservarlo de todo infortunio : es jaspe, y representa la cabeza de Serápis colocada sobre un pié romano.

Ya tenemos completo el tocador de Sabina; no le falta mas que ponerse el manto ó *palla*, operación importante que debe coronar la obra elaborada tan detenidamente. Ni es cosa fácil colocar con elegancia aquel manto; pues no deben emplearse al efecto alfileres, broches ni otros artificios semejantes, sino hacer de modo que, pasando por debajo del sobaco izquierdo, deje descubierto el brazo y la espalda y descienda con hermosos pliegues hasta el suelo. Cipáside, en cuanto ha acabado de arreglar aquellos pliegues, exclama : « Tu eclipsarás, ¡oh Sabina! á todas las matronas por la belleza y magnificencia de tus adornos. » — « Los caballeros » añade Nape con cierta malicia « cuando pasen por delante de ti, no podrán apartar sus destumbrados ojos. » Sabina se sonríe. Entretanto Droso ha acudido á avisar á los ocho Capadocios para que traigan al pórtico la silla de manos. Venus, á cuyo alrededor bailan las Horas y las Gracias, no se adelanta con aspecto mas triunfante. Sabina se ha mirado por la última vez al espejo : Cipáside y Nape salieron en busca de las colas de pavon, que á manera de quitasol llevan levantadas por el camino sobre la cabeza de la matrona.

« ¿Dónde está Latride? » pregunta Sabina en el umbral de la habitación. La infeliz corre á arrodillarse á sus piés, y Sabina manda lo siguiente : « Espátalo, haz que el lorario ponga en el cepo á esta; que le marque doble trabajo que á las otras sirvientas, y solo la provea de pan y agua hasta nueva orden. » Diciendo así, sale con majestad y sube á la litera.

Las leyes romanas prohíben los carnajes, á no ser que se trate de algun triunfo ó de procesiones religiosas; por eso se ha propagado el uso de las literas, sostenidas por palos horizontales, y resguardadas del sol y del polvo con un pabellon. Los mozos, en cuyos hombros descansan las puntas de los palos, vestidos de lana verde, caminan en cadencia. Son ocho, naturales de Capadocia, de estatura atlética, bien alimentados, héroes asiáticos; escogidos por la misma Sabina en los tablados y las barracas de los mercaderes de esclavos. Se alejan al traves de la apiñada multitud, sin alfojar el paso, haciendo que los ciudadanos le abran paso, para lo cual gritan desde lejos en su bárbaro acento : ¡paso! ¡paso!

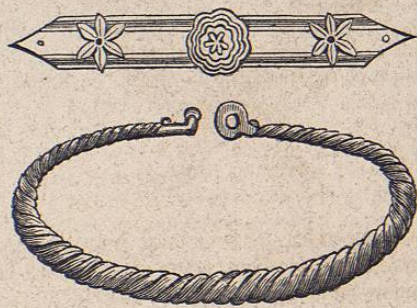
Dos lacayos etíopes preceden á la silla de manos : Nape á un lado y Cipáside al otro levantan en alto las colas de pavon : detras van dos esclavos con cojines. »

Se encontraron joyas de oro hermosísimas en las tumbas egipcias, y mas aun en las etruscas y en las excavaciones de Herculano y Pompeya. Entre las preciosidades de los muchos sepulcros de la Basilicata, cerca de Grumento, se halló un cadáver rodeado de armas, de vasos y de trípodes de plata, y con una corona de oro, compuesta de dos ramas de encina, y otras con bellotas y abejas unidas por garfios de oro, y muchas figuras en actitud de baile. Fué explicado por Avellino en las *Actas de la Academia Herculanense*.

Tambien en Ruvo se encontraron hermosos trabajos en oro, entre los cuales llama la atención una corona de mirto sobre el cráneo de un guerrero, con las hojas de oro, entretreídas de otras esmaltadas de verde, y de bayas de oro, de piedra ó de pasta, embutidas en un cáliz verde, á imitación de la naturaleza. Tambien en Kertsch (Panticapea) se descubrieron algunos, mas hermosos que los de Pompeya y Sicilia. (*Anales de corresp.* t. XII.) El Museo etnográfico de Munich conserva muchísimos, algunos de ellos egipcios, y una admirable guirnalda que se encontró en Armanto. La mejor colección de trabajos en oro etruscos existe en el Museo Gregoriano.

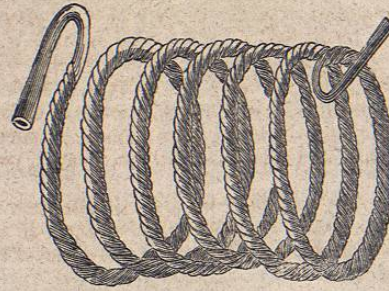
§ 150. CORONAS.

Los Galos llevaban *collares* (*torques*), y Tito Manlio debió el sobrenombre de Torcuato al que



quitó á un Galo que había sido muerto. Después

se convirtieron en adornos de los soldados, como lo eran asimismo los brazaletes, de los cuales presentamos algunos ejemplos.



Tenian mas importancia las coronas, que pueden referirse á este capítulo, si bien no siempre eran metálicas. La corona *graminea*



ó obsidional se concedía al general que hiciese levantar el sitio puesto á una ciudad ó á un ejército : se formaba con la yerba de la ciudad misma, ó del campo, como indica la anterior viñeta.

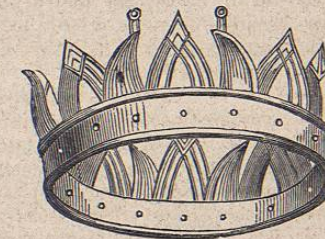


La corona cívica pertenecía al que hubiese salvado á un ciudadano, como lo indicaba la inscripción *OB CIVEM SERVATVM* : al principio se hacía de carrasca, luego de haya, y por último de encina, como se ve en la figura que precede. La que sigue es una medalla que representa á

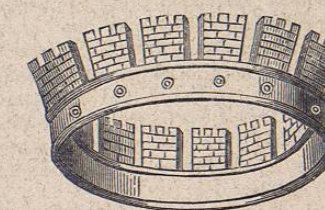
Marco Lépido con el trofeo, la corona cívica y las iniciales *H. O. C. S.*, esto es, *hostem occidit, civem servavit*. Se podía llevarla continuamente, y el que la hubiese merecido tenia puesto honorífico en los espectáculos y exención de cargas públicas, tanto él como su padre y abuelo : la persona salvada le debía los oficios de hijo. Esta corona aparece con mucha frecuencia en los monumentos, y sobre todo en las medallas, merecidas ó no.



La corona naval y la rostrada ó clásica eran de oro, y se concedían al primero que saltase á bordo de una nave enemiga, ó al que ganase una batalla naval. Tenian la figura de rostros ó de proas, como en la que transcribimos á continuación.



La corona mural era de oro y en forma de almenas; se daba al primero que subía á las murallas enemigas. Solia adornarse con ella la

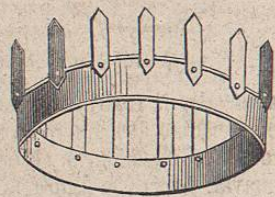


cabeza de César; y el ejemplo que ofrecemos en la pág. sig., tomado de la obra de Caylus (*Recueil d'antiqu.* tom. V, lám. 3), merece consideración, porque representa una fortificación entera, es decir, la torre en medio y al rededor la

cortina, interrumpida por torreoncillos en los ángulos.



Al primer soldado que lograba vencer la resistencia y pasar el baluarte enemigo, se le concedía una corona, también de oro, figurando la empalizada de la trincherera.



Los triunfadores llevaban en la frente una corona de laurel, cual se ve á cada instante en las medallas, ora con las bayas y las vendas, ora sin ellas. La que copiamos á continuación, está dedicada á conmemorar el triunfo PARTICO



de Ventidio, lugarteniente de Antonio; el único que los Romanos alcanzaron contra aquel pueblo. Se tenía suspendida sobre la cabeza del triunfador una corona de oro y joyas. Otra, llamada *provincial*, se enviaba de regalo al general, no por el ejército, como las anteriores, sino por las provincias. Este homenaje se redujo luego á un tributo, que se denominaba *aurum coronarium*.

Cuando se concedió, no el triunfo, sino solo la ovación, era la corona de mirto. Tal se ve en la medalla siguiente; pero siendo referente á César, pudiera aludir á su procedencia de Vénetus, á quien está consagrado aquel arbusto:

aparecen en ella las insignias del supremo sacerdocio, el lituo, etc., etc.



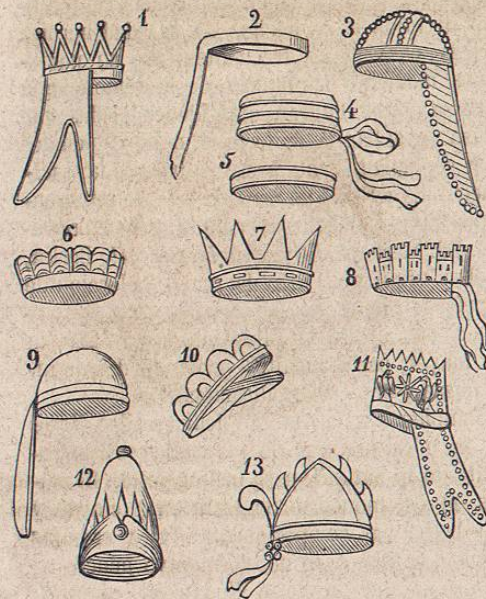
En esta otra en honor de Lépido, la corona es de olivo, y se destinaba al que hubiese contribuido á una acción que merecía el triunfo, pero sin intervenir en ella personalmente.



Los clásicos hacen mención de otras muchas coronas y en los monumentos se ven reproducidas sus figuras. Á Júpiter se le ponía una de encina, aunque sin bellotas; á Baco una de yedra: los que asistían á los sacrificios se ceñían guirnalda de hojas de pino, de ciprés, ó de otras flores consagradas á la divinidad á quien rendían culto. Á los difuntos se les ponían coronas *fúnebres* ó *sepulcrales*: los convidados y los esposos las tenían de flores. Se colgaban á las puertas de las amantes y en la celebración de los natalicios. Correspondía á los sacerdotes la corona de olivo, de oro ó de espigas como esta.



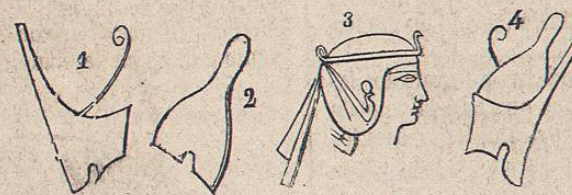
En cuanto á las coronas de otros pueblos.



ponemos también enfrente trece dibujos de algunas de Asia.

Las más antiguas eran una faja que cubría la cabeza (fig. 4), que después fué cambiada en una plancha de oro, como se ve en el nº 2 y en el nº 5, más ó menos adornada como están los nºs 6, 7, 8 y 10. Esta última tiene también un lazo para poderse atar debajo de la barba. En esta la diadema primitiva sirve de base á los adornos; en otras los rodea, como en los nºs 3, 9 y 13: á veces la faja anudaba la gorra en la nuca, como en los nºs 8 y 11.

Quizá las que tienen dos ó tres cintas, como en los nºs 3 y 4, aludían á dos ó tres países dominados. La corona persa parece que era una tiara (*cidaris*) con una faja enroscada, como en el nº 12. Entre los Egipcios la corona tenía la forma de gorra ó tiara ó casco, como se puede ver en los cuatro grabados siguientes.



§ 151. TORÉUTICA.

La *toréutica* ó cinceladura consiste en labrar los metales con instrumentos de punta, y principalmente en darles relieves. De este modo se labró la plata en los mejores tiempos, y en algunos puntos también el oro, el bronce, el hierro, en especial para adornar armas y escudos. Á veces en las palanganas de plata las composiciones eran de figuras postizas, que podían adaptarse á varias.

Es un monumento único en su clase la pátera de oro encontrada en Rennes en 1774, y custodiada en el gabinete nacional de París. El círculo de en medio representa un desafío á beber entre Hércules y Baco, el cual tiene en la mano un ríton; y cada uno aparece con sus símbolos peculiares. Un sátiro toca la flauta doble, y Pan el caramillo; asiste además al duelo el viejo Sileno y tres bacantes. Al rededor hay un bajo relieve que representa el triunfo de Baco sobre Hércules: tres pequeños genios á la izquierda llenan de uvas una canasta. Abre la marcha una bacante que tañe el pandero; sigue otra con el tirso en una mano y en la otra el cabestro de un camello, sobre el cual está Sileno ebrio, á quien una bacante ofrece de beber en un cántaro. Dos jóvenes bacantes llevan cada cual un cayado y un racimo de uvas; después una bacante tañe el pandero, y al par de una bacante con el cayado, mira á Baco que da to-

petadas con un macho cabrío. Á continuación está una bacante vestida de túnica y bailando; luego un sátiro que toca el caramillo, y una bacante que baila al son del pandero: un bacante, ceñido de la nébrida y con el cayado, precede á un carro que lleva una cesta de uvas, tirado por dos machos cabríos. Detrás se ve un bacante que toca la flauta doble, una bailarina y otro bacante que la está mirando; después á Hércules ebrio, coronado de pámpanos y sostenido por dos pequeños genios, uno de los cuales le lleva la clava. Sigue el carro de Baco tirado por tigres y precedido de un sátiro en medio de otras figuras. Rodea todo una guirnalda de encina, y luego hay otro círculo, adornado por diez y seis medallones que representan á Adriano, Caracalla, Marco Aurelio, Faustina la menor, Antonino Pio, Geta, Cómodo, Faustina la mayor, repetidos como los Antoninos, Severo, Julia Domna. Estos medallones están cercados alternativamente de flores y de escamas. Nos hemos detenido á describir este monumento, por la mucha instrucción que puede proporcionar á la arqueología de figuras.

§ 152. ATAUIJA, AGEMINA, NIELES.

La *ataujia* consiste en introducir en el hierro ó en el acero listas de oro y plata, con arreglo á un dibujo. De este modo están trabajados ojos,

collares y otros adornos egipcios; y en muchos sitios también la Tabla isíaca del Museo de Turin, incrustada de plata tan sutil que alguno ha supuesto conocían ya el arte de disolver aquel metal y precipitarlo en el cobre, haciendo evaporar el líquido en que era disuelto, según acostumbramos con la amalgama. Los Griegos, como de todo lo demás, se atribuyeron la invención de la atajía; y Herodoto concede este mérito á Gláuco de Chio, á quien se suponía autor de una gran taza regalada por Aliate al templo de Delfos. En el Bajo Imperio se trabajó mas en este estilo, y particularmente por los Orientales.

Poco se diferencia de la atajía la *agémína*, solo que la primera se ejecuta con cortes mas pequeños y profundos, y la *agémína* por superposición de hojas, ó á veces únicamente de hilos de oro y plata en un fondo preparado para recibirlos con una serie de desigualdades. Sin embargo, no debe confundirse con el damasquinado de las armas cortantes, que se hace por medio de láminas alternadas de hierro y acero, rolladas y batidas, y sobre las cuales se pasa una mano de ácido nítrico, que obrando desigualmente en cada metal, forma en él ciertas listas y ondas.

Si en vez de introducir en los grabados laminas metálicas, se pone una mezcla de plata y de plomo llamada *nigellum*, tendremos los *nieles*. Empezaron en la época del Bajo Imperio, y dieron origen al grabado en cobre.

§ 153. ESPEJOS, ESCUDOS.

En Job y en el Éxodo se habla ya de los espejos: Homero nada dice, ni siquiera cuando describe minuciosamente el tocador de Juno. Á menudo servían de espejo los platos y las palanganas.

Por lo común se hacían de metal, y propiamente de una composición de estaño y cobre, que exigía mucho cuidado para ser preservada de la oxidación y que se mantuviese brillante. Durante el Imperio se aumentó el número de los de plata, y se menciona uno que otro de oro, á no ser que deba entenderse de los adornos. Eran redondos y con mango, y muchas veces tenían grabados y relieves. Hay memoria de algunos con muchas caras, de modo que multiplicaban las personas; otros, llamados *mostrífice*, dice Ateneo, estaban colocados en el templo de Juno, y con su variada convexidad daban á los rostros aspectos sumamente extraños. Era costumbre ofrecerlos á los templos, y es conocido el epigrama de la Antología, en que una mujer de edad avanzada ofrece el espejo á Vénus, por no poderse ver tal cual era, y no querer contemplarse tal cual es. Los hacían además de piedra, y parece que no ignoraban el arte de construirlos de vidrio con hoja metálica. Lo que Séneca refiere acerca de la lubricidad de un tal Hostilio (*Quæst. nat.*, I, 16) prueba que los usaban también de grandes dimensiones.

Los espejos etruscos (y quizá lo sean muchos de los que pasan por páteras rayadas) representan divinidades y hechos de la edad heroica griega, convertidos frecuentemente en nacionales mediante las figuras de la demonología etrusca. Otros figuran divinidades aladas que acaso presidían á la fortuna, ó dioses penates que se tenían como preservativos de la fascinación. Es corto el número de los que representan asuntos domésticos, y en que aparecen retratos. Ed. Gerhard (*Etruscische Spiegel*, Berlin, 1860 y siguientes) hizo la mayor colección de espejos etruscos en 20 años de investigaciones: hasta el presente lleva publicados 250, en su mayor parte inéditos, acompañados de ingeniosas y eruditas explicaciones.

También era costumbre dedicar á los dioses los escudos, algunos de los cuales se han encontrado al natural, pero los mas están figurados en las monedas. Se trabajan á cincel, y con bellísimas composiciones. Tales eran los *parmæ votivæ* ó escudos, en cuyo género es famoso el del Museo de Woodward, convexo, y que representa, según se cree, Roma tomada por los Galos: su centro es un mascarón con cuernos y hojas, y se considera como perteneciente á la época de Claudio Neron.



GERHARD, *Ueber die metallspiegel der Etrusker*. Berlin, 1838.

DODWELL, *De parma Woodwardiana*. Oxford, 1713.

Estos usos eran propios aun de las naciones llamadas bárbaras; y el Museo de Leiden adquirió hace poco un anillo de oro muy grueso con inscripción javanesa, y dos mangos de espejo de bronce, encontrados asimismo en Java.

CATÍPULO VII

Epigrafía, paleografía y diplomática.

§ 154. DESCRIPCIÓN Y OBJETOS DE LA EPIGRAFÍA,

Á las inscripciones conviene mas propiamente el nombre de monumentos, habiendo sido puestos por los antiguos para llamar la atención

de la posteridad hácia los sucesos pasados. La *epigrafía*, ciencia médua entre la de los idiomas y las de las antigüedades, trata de las inscripciones y del modo de leerlas, entenderlas y comprobar su autenticidad.

Lo primero está fundado en el conocimiento de los caracteres, de las abreviaturas y de su época, y se llama con mas propiedad *paleografía*.

Lo segundo depende del conocimiento de las lenguas y de las costumbres; con lo cual se consigue, no solo entender, sino hasta suplir las que están deterioradas y mutiladas.

Para lo tercero se requiere un género de crítica particular de todos los accidentes extrínsecos é intrínsecos de una lápida, á fin de cerciorarse si ha sido ó no fingida ó alterada.

Derivase de este estudio la habilidad de expresar cosas é ideas modernas en idioma y estilo antiguos, como diariamente cumple hacer á los epigrafistas, y á los que dan inscripciones para monedas y medallas, en que no siempre marchan de acuerdo la razón y la erudición. En esta parte, ya se le considere en clase de preceptista, ya de modelo, camina al frente de todos el Bresciano Morelli.

EST. MORCELLI, *De stilo inscriptionum latinarum*. lib. III. Roma, 1780.

— *Inscriptiones commentariis subjectæ*. Idem, 1783.

MORALDINI, *Instituz. antig. lapidaria*. Id, 1770.

ZACCHERIA, *Instituz. lapidarie*.

NICOLAI, *Tractatus desiglis veterum*. Lugd. Batav. 1703.

MAFFEI, *Græcorum sigle lapidarie*. Verona, 1746.

— *Arte critica lapidaria incompleta*.

J. D. COLETTI, *Notæ et sigle que in nummis et lapidibus apud Romanos obtinebant explicatæ*. Venetia, 1785.

J. GERHARD, *Siglarium romanum*. Lóndres, 1792.

SEGUIER, *Prolegomena epigraphica*, que es una historia de la ciencia epigráfica (manuscrito de la Biblioteca real de Paris).

SPOTORNO, *Trattato dell'arte epigrafica*. Savona, 1813.

J. HUGO WITTENBACH, *Neue Beiträge zur antiken heidnischen und christlichen Epigraphik*. Trier, 1838.

FRANZ, *Elementa epigraphicæ græcæ*.

Aun falta una *Doctrina de las inscripciones completa*.

§ 155. UTILIDAD DE LAS INSCRIPCIONES.

Las monedas y las inscripciones son los monumentos mas preciosos para la historia, porque hablan: cual de ellos lo sea mas, no se ha decidido todavía entre los doctos. Las monedas, además de las inscripciones, tienen los grabados, cuya utilidad es muy grande. Pero también los epígrafes están adornados á menudo de figuras; nos dan á conocer no solo nombres, sino hechos, leyes, y en todos los idiomas; á ellos debemos la serie de médicos, pintores, arquitectos, edificios, incumbencias domésticas confiadas á sirvientes y esclavos; con su auxilio se aclaró la cronología, se corrigieron errores históricos y pasajes de escritores; se conocieron muchas ceremonias y prácticas religiosas,

la existencia de países y de fábricas. En las inscripciones hemos encontrado muchas cosas que los libros no dan sobre la historia social y doméstica, sin que haya que temer incorrecciones de copistas ó alteraciones en el texto; ellas nos han puesto al corriente de las letras y ortografía antiguas, y hasta nos han ayudado á hallar idiomas perdidos. Un discurso que Claudio dirigió á los Lyoneses nos ha suministrado conocimientos históricos enteramente nuevos, de los cuales Niebuhr ha deducido importantes consecuencias. Además, todos los días vemos buscar el apoyo de la epigrafía para nuevas verdades históricas; intento utilísimo, con tal que se ejecute con parsimonia, y no falte nunca el auxilio de la literatura.

En este trabajo se parte siempre del supuesto de que los antiguos retratasen en sus inscripciones las ideas, la civilización, las denominaciones propias; al contrario de nosotros, que nos esforzamos en disfrazar las nuestras por querer expresarlas con fórmulas, y á menudo en idioma extraño.

Olo Kellerman, Dinamarques, explicando dos inscripciones de los vigilantes romanos, manifiesta los cargos de las milicias. (*Vigilum romanorum latercula duo cælimontana magnam partem romanæ militiæ explicantia*. Roma, 1835.) Bartolomé Borghesi por las inscripciones del Reno deduce la historia de las legiones que permanecieron en las dos Germanias desde Tiberio hasta Galieno. (*Ann. del Instituto arqueológico*, 1839.) Los diplomas militares de varios emperadores, recién hallados, han aclarado cuál era la distribución de las milicias en las varias provincias, y cuáles eran sus jefes. Las tablas descubiertas en Málaga y en Salpensa han explicado muchas partes del derecho municipal. Por los epígrafes nuevos se llegan á conocer el carácter y la grandeza de los institutos para criar á los niños. (Ernesto Desjardins, *De tabulis alimentariis*. Paris, 1854.)

§ 156. SU ANTIQUÍSIMO USO Y MATERIA.

El uso de las inscripciones es antiquísimo; y aun sin acudir á las columnas esculpidas por Adam, encontraremos algunas en los monumentos de mas remota antigüedad que cuentan la India y el Egipto. Los Griegos las llamaban epígramas; los Latinos las indican con los nombres de *marmor*, *lapis*, *titulus*, *monumentum*, *memoria*, *tabula*, *mensa*; *epitaphia* son las grabadas sobre los sepulcros. Job deseaba que sus palabras fuesen escritas en el bronce y en la piedra; y en efecto, los metales y las piedras fueron las materias mas usadas para los epígrafes. Herodoto (*Polimnia*) refiere que, por decreto de los antificiones, se erigió un edificio con inscripción á los valientes que perecieron en las Termópilas. Tucídides (lib. VI) leía en las columnas las injusticias de los tiranos, y con frecuencia menciona tablas en que los Griegos escribían sus tratados de paz ó de alianza. Pla-